



DEL CUARTEL





DEL CUARTEL

LOS CENICIENTOS

Uno salía el sábado si pasaba la revista de la limpieza de armamento. ¡Ay, ya, yai!, Primero los sábados había trote a las cinco de la mañana, a veces al cerro. Los últimos veinte no salían para la calle, se quedaban encerrados. Después del trote uno limpiaba el fusil. Uno le metía al fusil un guaralito por el ánima, la sacaba por aquí y le daba. Y otra vez “ra, ra, ras” con un poquito de aceite para evitar que la pólvora se coma el cañón por dentro. Tenía que estar brillante como un espejo. “¡Nuevo, limpie el ánima que no se vaya a comer la pólvora el cañón!”. Y había que limpiar el conjunto móvil, quitarle la corredera. “No se te olvide, nuevo, limpiar el guardamano por dentro. Porque por ahí te van a pasar revista con un punzón y un algodón”. Si sacaba sucio, uno no salía para la calle.

Así que después de pasar el trote, la limpieza y la revista del armamento, de los dos fusiles: el FAL, que es el de combate y el FN-30, el de desfile. Había que limpiarlos los dos, aunque el FAL es el más complicado por las piezas modernas que tiene. El FN-30 es mucho más sencillo. Había que limpiar el dormitorio y ponerlo brillante, había que limpiar el escaparate y arreglarlo. A uno le pasaban revista de las franelas dobladitas, las medias, arreglar los libros. Después de todo eso, a mediodía estaba uno rompiendo la marcha a la calle.

Entonces yo agarraba un taxi y me bajaba en la calle Brasil de Catia. Me quitaba el uniforme, unas botas de goma, un *blue jeans*, una franelita, una gorrita para que no me vieran el corte, que lo conocían a uno por el corte de pelo. Entonces a jugar chapita en la esquina con los muchachos. De vez en cuando una friíta ¿no?, en la tarde del sábado. En la noche una rumbita, alguna cosita por allá. Pero resulta que a los cadetes las muchachas nos llamaban “Los Cenicientos”. ¿Por qué?, porque teníamos que irnos poco antes de la medianoche, como la Cenicienta. Había que estar allá en la Academia a las doce de la noche, fin del permiso. Así que cuando uno estaba cogiendo calor, a las once de la noche, uno: “¡Ay, me voy! Voy a vestirme de azul y a buscar un carrito y vámonos!”.

LA AREPA DE EL CAVIAR

¿Quién se acuerda de aquella arepera? ¡El Caviar! Se acabó El Caviar, vale. Más de una vez tuve que darle como cien vueltas al patio. ¿Saben por qué? Había un alférez en la prevención que era un inmoral. Uno venía de la calle y con el único bolívar que le quedaba había pagado el carrito y llegaba a comer una arepita ahí en El Caviar, antes de cruzar el puente donde se acababa la libertad, antes de entrar a la Academia. Viene un alférez de la prevención y me dice: “Mire, nuevo, arepa al fren...”

A veces uno se llevaba una arepa escondida en la gorra o por allá adentro, tú sabes. Varias veces pasé arepa de contrabando, sobre todo cuando sabía que quien estaba de guardia en la prevención era un alférez buena gente. Entonces no había lío. Pero si era un alférez severo, ni loco uno llevaba una arepa. Aquel alférez me mandó a que me devolviera y que tenía que llevarle una arepa. Yo no tenía una locha, de dónde iba a sacar yo para comprar arepa, y

si hubiera tenido tampoco le compro la arepa. Bueno, me mandó a darle la vuelta al patio, como cien vueltas di por la arepa esa.

EL RUMOR DE LA MUERTA

¡Mire!, este tema de los rumores y como un rumor y otro bien planificado, de manera perversa, puede alterar la paz, la tranquilidad de un pueblito, o de un grupo humano o de un país completo. Hay muchos ejemplos que uno ha vivido. Yo les voy a contar uno:

Cuando éramos cadetes había uno llamado José María Morales Franco. Le decíamos Willy Mora, un cadete muy famoso. Yo le guardo mucho afecto y recuerdos. Coincidimos en el pelotón, nos hicimos amigos. Él era más antiguo. Varias veces salimos por Caracas de permiso, a una fiesta. Él cantaba muy bien. Allá está en Maturín, pidió la baja de teniente. Willy Mora era un personaje. Éramos de la sala de periódicos, porque yo dibujaba más o menos, y me gustó siempre el trabajo de cartelera desde niño. Sacábamos un periodiquito con un multígrafo. Me gustó siempre todo eso: escribir, dibujar, leer, las ideas pues. Él era el jefe de la sala de periódicos. No dibujaba nada, pero era muy creativo.

A veces Willy, en las noches, hacía brujería en la sala. Jugaba la “ouija”. Nos llamaba a los nuevos y salía con una capa negra, una capucha ahí. Tenía su show con la “ouija”. Willy Mora cantaba en una discoteca llamada La Cueva del Oso, en Plaza Venezuela. Uno iba de vez en cuando, una novia por ahí. Una noche estoy allí cuando veo a alguien que sale cantando en liquiliqui. Yo estaba de civil sin permiso, porque no daban permiso para vestirse de civil. Entonces, Willy Mora dice: “Le doy un saludo a los brigadieres que están de civil, allá”. Él cantaba ahí los sábados y domingos cuando salía de permiso. Cantaba muy bien, Willy Mora.

Varias veces estuvo arrestado. Una vez lo pusieron a cantar en la clausura de unos juegos inter institutos. Salió con una capa y comenzó a cantar: “Ay Rosa, Rosa dame de tu boca, esa furia loca que mi amor provoca”. Ese era Sandro, ¿te acuerdas de Sandro? “Ay Rosa, dame todo tu sueño, dueño de tu amor quiero ser, ay dame de tu ayer, las heridas...” Él bailaba, se movía mucho, y en la escuela militar de aquellos años la cosa era más rígida. De repente se quita la capa, la lanza al público y le cayó encima al general. El general se puso rojo, colorado. De ahí salió para el calabozo Willy Mora. Pero él iba cantando, ese era feliz. Yo una vez le dije: “Mi teniente, usted se equivocó de carrera”. “Es verdad, yo creo que me equivoqué de carrera, yo no he debido ser militar”.

Willy Mora un día inventó algo. Llegó al pelotón una madrugada y se armó un alboroto. Nos levantó a dos o tres de nosotros, después despertó al otro, y al brigadier. Tenía cara de horror. “Miren como estoy frío, me acaba de salir la muerta”. Vino con un cuento de que una muerta salía en la reja de la enfermería, donde yo monté mucha guardia. Luego echaba el cuento toda la mañana. Lo llamaban los alfereces: “Mira, nuevo, ¿cómo es el cuento?”. Además tenía una gran capacidad histriónica. Él decía: “Mire, mi alférez, yo estaba así con mi fusil caminando, pasando revista, y de repente siento como un silbido que pasa: ¡pis! Di la vuelta y está bajando una nube blanca. Y me digo: ‘¿Será que estoy dormido, o será mi brigadier Izaguirre Guarisma?’”. Era un brigadier que se encamara-ba en los techos y pasaba revista. Decía que al que le llegara cerca estaba raspado. Uno tenía que estar pendiente del techo, porque él, a veces, se venía por el techo.

Primero uno lo tomaba como un chiste, un cuento, ¿no? Pero él insistió tanto y después eso corrió como pólvora. A mí me tocó montar guardia tres días después en la bendita reja esa, y les juro que monté guardia electrizado por el miedo. Porque es una cosa oscura y como es la enfermería, parece que ahí se murió alguien

una vez, no de un tiro, se murió de un infarto. Entonces en la lavandería decían, para echarle cosas al cuento: “No, ahí se murió una señora hace como veinte años de un infarto, cayó muerta”, “esa debe ser la de la lavandería”, “no, que a lo mejor es no sé quién”. Empezaron los cuentos.

Aquello generó un estado de pánico en las noches. Un nuevo, por allá, en el gimnasio le echó un tiro a un brigadier que andaba pasando revista. El brigadier Rondín andaba pasando revista por los puestos; el nuevo estaba lleno de miedo y entonces vio, ¡pam!, y le echó un tiro. A los pocos días llegó corriendo a la prevención, en la madrugada, otro cadete de segundo año, sin casco y sin fusil. Dice que vio a la muerta.

¿Saben en qué terminó todo? Como dos semanas después, un estado de pánico en las noches. Primero dieron la orden de que no se apagaran las luces de noche, todas las luces prendidas. Segundo, que nadie montara guardia solo, sino de a dos. El pánico prende como la candela. No estoy exagerando nada de esto. Y además de todas estas medidas, y otras que no recuerdo, muchas charlas. Me acuerdo que nos llevaron a todo el batallón a recorrer los pasillos y el cura, viejito ya, adelante echando agua bendita. Todos íbamos rezando. Parecía aquello un seminario, parecíamos monaguillos o seminaristas. Ahí en la reja esa se hizo una misa para que llegara la calma al batallón de cadetes.

REBELDE ANTE EL ATROPELLO

¡Era un lujo la leche condensada! Recuerdo una vez un superior mío, inmoral, por allá en el terreno. Íbamos a comer, abrimos la ración y me dijo: “Mire, recluta, le cambio este pote delicioso, exquisito”. Era una cosa horrible, tenía muchas espinacas y toda esa cosa. “Le cambio esta exquisita ensalada de espinacas por

ese pobre pote de leche condensada”. Me negué, la metí en el bolsillo. “Tendrás que quitármela”. Siempre fui rebelde ante los atropellos. “Nuevo, usted está alza’o”. “Alza’o no, este es mi derecho, esta es mi ración de combate. No me la va a quitar usted”. ¡Ah!, me tuvo obstinado como dos meses, hasta que se le olvidó. Uno nunca aceptó atropello, ni nadie debe aceptarlo. De ningún tipo.

ACTO HEROICO

Hay un amigo que, siendo un oficial muy joven, hizo un acto heroico. Una vez, una granada de mano se le cayó a un soldado en el medio de un grupo como de cien soldados. Ese muchacho estaba recién graduado de subteniente. Era campeón de lanzamiento de granadas, un atleta. ¿Sabe lo que hizo el muchacho?, no tenía tiempo de lanzarla a ningún lado. Agarró la granada, se la metió detrás de la pierna, allí la apretó con las dos manos, se agachó, se arrodilló, se acuclilló y explotó. El muchacho perdió un brazo, una pierna casi completa y hoy día es comandante de un batallón. Tiene gran espíritu de superación, se sobrepuso a eso.

LA SEMILLA

Aquí en la Academia me gané mi diploma de contrainsurgencia, curso de armas de apoyo, calificaciones. Vean, vean mi firma en ese tiempo. Una firmita ahí, novedosa. ¡Ah! Aquí está. Vean ustedes que yo no estoy inventando. Estos son los documentos del examen de admisión. Miren aquí esta hoja del laboratorio en Barinas: Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Número de orden: 35. Nombre: Chávez, Hugo Rafael. Urbanización: Rodríguez Domínguez, manzana P, Nro. 24. Barinas; diecisiete años; exámenes de heces,

de sangre. Y salí perfecto pues: orina, laboratorio, exámenes de RX. Aquí está la hoja de historial personal, la llenaron en agosto, entrando aquí. Vean ustedes, aquí dice: “Profesión: estudiante. Religión: católica. Color: moreno, frente amplia, labios gruesos”. No sé qué más, bembón, “cabello castaño, nariz perfilada, barba escasa, cejas regulares”. Alias o apodo, vean ustedes: “Tribilín”. Luego ustedes aquí me pusieron “Furia”. Porque me la pasaba cantando un corrío del Carrao de Palmarito, el “Corrío de Furia”.

Aquí están los equipos de béisbol con los que jugué en Barinas antes de venir aquí: Club Béisbol Mobil, de la compañía Mobil. Club de Béisbol Juvenil IND, Club Deportivo Banco Obrero, este fue mi último equipo. Por aquí me pedían referencias. Alejandro Pellechea era un vecino de allá de Barinas; Silverio Martínez, otro vecino; Hugo Escalante, amigo de mi padre; Irene Rosales, ¡Irene!, una compañera de quinto año. Yo estuve muy enamorado de Irene. Vicente Sangroni era el *manager* del equipo del Banco Obrero. ¡Ah!, vean ustedes esto aquí abajo, datos complementarios: “¿Ha sido usted detenido?” “¿Pertenece o perteneció a algún partido político?”, “¿cuál?”. Fíjate, simpatizaba en el bachillerato con el MEP, Movimiento Electoral del Pueblo; ¡Claro!, mi padre fue de los fundadores del MEP en Sabaneta, cuando al viejo Prieto los adecos le robaron las elecciones internas, lo echaron del partido porque era un revolucionario. Prieto Figueroa fundó el MEP y mi padre fue de los fundadores de aquellas corrientes del magisterio mepista. Así que ya yo tenía mi semillita por ahí, pues, pero esa semillita aquí afloró. ¡Ras!, y se hizo un árbol, roble y samán.

LA MARQUESEÑA

“Por el camino de La Marqueseña se fueron”, decía mi abuela Rosa Inés. Hablaba de los cuentos que le echaba su abuela del

general “Cara'e Cuchillo”, que pasó por Sabaneta un día, en el mes de mayo de 1859, gritando: “Tierras y hombres libres”, “elecciones populares” y “horror a la oligarquía”. Ezequiel Zamora pasó por esta misma tierra. Este hato debe su nombre a que durante la colonia eran las tierras antiguas del marqués del Boconó. Según las leyendas, el marqués del Boconó tenía un túnel aquí en La Marqueseña, que pasaba por debajo de todos los ríos y llegaba a Barinas. Por cierto, el primer cargo de comando que yo tuve, de subteniente, en 1975, fue aquí. Llegué al Batallón de Cazadores Cedeño y me mandaron aquí. Esto era un antiguo helipuerto, por ahí trotábamos montaña arriba, íbamos a pescar al río. Aquí aprendí a manejar en una camioneta vieja del Ejército, de aquellas que parecían una diligencia.

En La Marqueseña los soldados decían que en esta montañita salía un muerto. Aquí funcionó un teatro antiguerrillero, hubo sitios de tortura. Es posible que en esta montaña haya más de un enterrado. Al bachiller Rodríguez lo agarraron por allá por Libertad, lo trajeron para acá y más nunca lo vieron. Es posible que esté enterrado por aquí, luchadores sociales, líderes estudiantiles. Aquí conseguí un carro un día entre el monte, un Mercedes Benz negro. Lo limpiamos, abrimos el maletero con un destornillador y conseguí un poco de libros de Marx, de Lenin; conseguí este libro por allá, lo leí aquí: “Tiempo de Ezequiel Zamora”, de ese gran revolucionario Federico Brito Figueroa.

Aquel subteniente Chávez comenzó a leer aquí, comenzó a hablar con los soldados allá. Ahorita vi los restos de lo que fue la Plaza Bolívar, un busto de Bolívar. Mi padre estuvo preso una vez en este sitio. Mi mamá vino a traerle una arepa, yo vine con ella. Sospecho que andaba parrandeando una noche por Barrancas y lo agarraron, creo que con el compadre Juan Guédez, que en paz descanse. Una noche, amaneció aquí. “Que tu papá está preso, lo tienen por guerrillero”. Cuando aquí la Fuerza Armada era otra

cosa, cuando fue utilizada por la oligarquía venezolana, por aquellos gobiernos traidores subordinados al imperialismo.

La primera tarea que me dieron siendo subteniente, fue venir a custodiar unos equipos en La Marqueseña, pasé aquí como seis meses. Cuando me puse a ver el inventario, eran grandes equipos de comunicaciones. Allá arriba en el cerro había otro y aquí había una sala de comunicaciones. Mi jefe vino un día a pasarme revista; era un capitán, oficial de comunicaciones. Entonces me dijo: “Mire, subteniente, tenga mucho cuidado con estos equipos de radio –eran unos mamotretos gigantescos–, que esos no son venezolanos, esos equipos son norteamericanos”.

Aquí vinieron los estadounidenses a instalar equipos de comunicaciones, a dirigir torturas, desapariciones. Ahora, para gloria de nuestra Fuerza Armada y de nuestras raíces militares, para gloria de nuestras tradiciones libertadoras, tenemos otra Fuerza Armada, tenemos un Ejército, tenemos una Marina, una Aviación y una Guardia Nacional que han vuelto a retomar sus raíces originarias. Hoy no están para atropellar al pueblo sino para luchar junto al pueblo por la liberación de Venezuela y por el desarrollo de Venezuela.

LOS MATARON

Recuerdo de subteniente una discusión con un coronel que estaba ya en situación de retiro, pero era jefe de inteligencia de un área. Vi con estos ojos como trajeron a dos o tres señores flaquitos, amarrados. Yo era jefe de un pequeño puesto de comunicaciones, por allá en Oriente. Centro de Operaciones Número 2 en San Mateo de Anzoátegui. Ahí llegó una noche. Yo no conocía a aquel coronel, se identificó, y con otros civiles de Inteligencia. “Vamos a pernoctar aquí”. Y yo les doy la bienvenida: “Como no, acomódense

aquí, allá hay una carpa, vamos a hacer un café, vamos a darle algo de comer”. Después que nos vamos a descansar, oigo los gritos. Ah, cuando veo, unos señores amarrados. Incluso le dije: “Mi coronel, ¿no podrá soltar a esos señores que están amarrados, por lo menos para que coman?”. “No, que les den la comida en la boca”. Me pareció aquello tan inhumano, venían golpeados ya. “¿Y que son?”, le pregunté. “Son guerrilleros”. Yo pensé en mis adentros: “No tienen ninguna pinta de guerrilleros, lo que están es desnutridos”. Los vi flacos, amarillos, pálidos, campesinos golpeados, torturados. Y en la noche oigo los gritos. Le estaban dando con un bate de béisbol envuelto en un trapo. Tuve un lío grande esa noche con aquella gente y, a los pocos días llegó la noticia, que “se suicidaron”. Le dije entonces a mi comandante: “Los mataron”.

EL JURAMENTO

Habrà que recordar a toda Venezuela que José Martí fue un infinito bolivariano. Recogió las banderas de Bolívar, las alimentó, las actualizó después de la caída de Bolívar y del proyecto bolivariano. Por eso recuerdo aquel 17 de diciembre de 1982, allá en la querida Maracay. Estaba el Regimiento de Paracaidistas en formación para conmemorar el día de la muerte de Bolívar, y se le ocurre al coronel Manrique Maneiro, a quien llamábamos cariñosamente el “Tigre Manrique”, decirme que pronuncie las palabras de ese día. Éramos capitanes y como no escribí discurso ni nada, me paro frente al escuadrón, todo el cuadro de oficiales, todas las tropas, y me inspiré en Martí aquel mediodía. Y repetí: “¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo

que él no dejó hecho, sin hacer está hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!” Eso lo escribió Martí.

Lo repetimos aquel día, y ahí comenzó el discurso: “¿Cómo no va a tener Bolívar que hacer en América con tanta miseria, con tanta pobreza, desigualdad?” Por ahí me fui. Eso no está grabado, lamentablemente, ni lo escribí, sólo que tenemos en la memoria muchas cosas. Cuando termino las palabras había un frío expectante, que paraba los huesos y los pelos. Y dice un mayor: “Chávez, pareces un político”. Entonces salta Felipe Acosta Carlez y le responde: “Mire, mi mayor, ningún político es el capitán Chávez, lo que pasa es que así hablamos los oficiales bolivarianos y ustedes se mean en los pantalones”. Se armó una situación muy tensa. Estábamos ahí todos, y recuerdo que el coronel Manrique, buen jefe, cuando vio que la situación se ponía tensa con los capitanes por aquí, unos mayores por acá, un teniente coronel por allá, entonces mandó silencio y dijo: “¡Que esto no salga de aquí!”. Y agregó algo que no se lo creyó ni él mismo: “Señores oficiales: todo lo que el capitán Chávez ha dicho yo lo asumo, porque como anoche le dije que hablaría hoy, aunque no lo escribió, me lo dijo en mi oficina”. ¡Mentira!, ¡qué iba a estar yo diciendo nada! Ahí murió aquello, todos lo asumieron disciplinadamente.

Pero no murió, más bien ahí nació. Minutos más tarde viene Acosta Carlez, nos invita a trotar. Nos fuimos al Samán de Güere y lanzamos el juramento aquel. Esa misma tarde nació el Ejército Bolivariano Revolucionario. Éramos cuatro: Felipe Acosta Carlez, Jesús Urdaneta Hernández, Raúl Isaías Baduel y este humilde servidor, sólo que era 1982. Diez años después vino la rebelión bolivariana del 4 de febrero, parte de todo ese proceso que brotó del fondo de la tierra y de la historia venezolana; todo eso de Bolívar, de Martí. Y Bolívar, ¡setenta años antes que Martí!, lanzó la profecía, adivinó al imperio. No se veía todavía, pero él lo adivinó, como el campesino cuando huele la lluvia más allá del horizonte. “Huele a

lluvia”, decía mi abuela Rosa Inés. Bolívar olió el imperialismo. Impresionante, sólo vamos a recordar la frase: “Los Estados Unidos de Norteamérica parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”. Era 1826, ¡vaya qué genio el de Bolívar!, el primer gran antiimperialista, junto con Martí y todos aquellos hombres.

SALIÓ BONITO

Me ha gustado siempre el teatro, el arte. En más de un lío me metí por canciones revolucionarias, arpas y coplas. Lo hacía adrede porque era parte del proceso de creación de un movimiento revolucionario dentro del Ejército. Fue una cosa de lo más difícil. Con la cultura logramos muchísimo. Ya de capitán era conocido por declamador, improvisador y animador de elección de reina y todas esas cosas. Me utilizaban para muchas de esas cosas.

Un día me llama un general: “Chávez preséntate urgente aquí, a San Juan de los Morros.” Yo pensé que era algún lío, porque ya andaba en la revolución, haciendo reuniones, conspirando, pensando en el futuro. Me presento, dice: “Mira Chávez, hay un problema grave. Aquí llegó esta directiva, hace como seis meses, para formar un grupo de teatro, seleccionar la mejor obra de teatro histórico para un concurso en Caracas. Resulta que aquí se le olvidó al coronel, no se hizo nada”. Y faltaba como una semana para el concurso nacional. Y, entonces, me dice el general: “Yo no sé cómo vas a hacer, pero tú vas y presentas una obra de teatro en Caracas dentro de una semana”. “¿Seguro, mi general?” “Bueno, le dije, déme un subteniente (yo sabía que tenía mucha habilidad), y unos soldados”.

Escogimos soldados, llaneros todos. Hicimos una obra, hicimos el guión. ¿Sabes de dónde? De “Las sabanas de Barinas”, un libro del capitán Vowel, que yo había leído. Buscamos en la autobiografía

de Páez, entonces, le metimos de todo. ¿Cómo se llamó la obra? “El genio y el centauro en Cañafístola”, cuando se encontraron Bolívar y Páez en el Hato Cañafístola, 1818. Bolívar, venía de Guayana y se encontró con Páez. Hicimos la obra, pero le metimos arpa, y ahí en “Las sabanas de Barinas”, aparecen algunos de los versos que dice el capitán inglés, quien peleó a la orden de Páez y conoció a Bolívar. Escribió sus memorias después que se fue a Inglaterra. Él dice que las mujeres le cantaban a Bolívar. Nosotros pusimos unas muchachas caraqueñas que conseguimos en el teatro Teresa Carreño, donde trabaja mi hermano Argenis.

Vine corriendo aquí y le dije: “Ayúdame”. Buscamos un vestuario, unos fusiles viejos, unas lanzas, un proyector que en una pared reflejaba unas sabanas y unas nubes que se movían. Y unas coplas y salió una muchacha a cantarle a Bolívar, que estaba sentado ahí, un subteniente, que puse de Bolívar. Yo hice de Páez. Y un poco de soldados ahí, muy alegres, llaneros, que yo les hice ejercicio: “¡Relájense, relájense! Vamos, pa’ Caracas”. ¡Un poco de vegueros pa’ Caracas, compadre! Entonces, decía una muchacha que le cantaba a Bolívar: “Mi general Bolívar, tiene en la boca un clavelito encarnado que me provoca”. Sí, y salía otra: “Mi general Bolívar, por Dios, te pido que de tus oficiales me deis marido”. Y salía otra, “Mi general Bolívar, tiene en la espada un letrero grabado: ¡Muera la España!” Bueno, aquello fue una cosa... y salió bonito. Esa obra fue un impacto. El general me dijo: “Chávez, ganaste tercer lugar, yo pensé que ibas a quedar de último”. “¡No!, tercer lugar de la caballería”, le dije.

EL “NUEVO” BOBO

Yo que estudié las comunicaciones militares, hay una cosa que llaman “radioescucha”. El enemigo habla por una frecuencia,

bien, vamos a oír. Uno no entiende normalmente lo que ellos dicen, porque hablan en clave, códigos. Pero el solo hecho de que la frecuencia de comunicaciones se incremente en un período tal, ponte tú: “Oye, las últimas tres horas éstos han hablado diez veces más de lo que hablan todos los días, algo va a pasar, algo está pasando porque están hablando demasiado”. Entonces uno tiene que prender la alerta: “¡Epa!, ¡muévanse! Mire, vean, a lo mejor están preparando un ataque y están coordinando mucho, algo está pasando que están hablando tres veces más de lo que hablaron los días anteriores o el promedio histórico”; pues todo eso es científico. O uno ve mucha actividad, prendieron los tanques antes del amanecer. “¡Oye, cuidado, los tanques están prendidos! Mira, siempre los prenden a las nueve de la mañana para probarlos y están prendidos a las cuatro de la mañana, ¡ay, compadre!”.

Ah bueno, como una vez un nuevo que era un bobo. Estábamos en una maniobra y el alférez le dice: “Mira, nuevo, póngase allá en ese cerrito para que cuide”. Porque había enemigo simulado en la zona, que eran cadetes también, pero que atacaban, sobre todo con gas lacrimógeno. Entonces buscaban agarrarlo a uno y le quitaban el fusil, las botas. ¡Ah!, a mí me gustaba mucho ser enemigo, uno gozaba mucho de enemigo, porque uno capturaba. En cambio, el otro no podía capturar al enemigo, tenía que ir por una ruta; el enemigo estaba libre. Me gustaba ser enemigo para montar operaciones nocturnas, emboscadas y tal.

Entonces al nuevo bobo lo ponen allá arriba. Íbamos a comer en una quebradita. Uno a lavarse la cabeza, a descansar un ratico. Uno se aflojaba las botas de campaña, veníamos de una marcha por ahí, era por Oriente, por la mesa de La Tigra, un calorón, incendios había. Estábamos abriendo la ración de combate, íbamos a almorzar la sardinita, el atún, la cosa, ta ta, y de repente nos rodean y nos caen a gas lacrimógeno y nos quitan todo. Casi que nos capturan. Corrimos y corrimos y paramos por allá, en una

palmera me acuerdo. “Ah, ¿estamos completos?”. Y el nuevo venía por allá, el bobo, y el alférez lo quería matar. “Mira, nuevo, y no te dije, por qué tú...” Entonces el nuevo dice: “No, es que yo vi, pero pensé que era humo del incendio”. Era gas lacrimógeno que nos estaban tirando. Resulta que lo agarraron como a un bobo. Después lo soltaron y andaba descalzo. Un nuevo bobo.

“CADAVÉRICO, HABLA PAPO”

Yo era subteniente y me correspondió hacer unas Instrucciones Operativas de Comunicaciones en un batallón. Y lo hice con un espíritu humorístico muy grande, tanto que me enredé la vida con varios superiores. Porque al capitán X que era un flaquito y fumaba mucho le puse “Cadavérico”. El otro, un capitán que era gordo le puse “Papo”. Eso andaba escrito y los operadores lo cargaban. Entonces uno oía por radio: “Cadavérico, Cadavérico habla Papo”. Cuando estos oficiales se dieron cuenta de que yo me los estaba vacilando, cayeron sobre mí las consecuencias, llamadas de atención y tenían razón. Lo hice para darle humor al ejercicio que teníamos.

PÍNTALO DE VERDE

Eso fue en Barinas en 1976. Un capitán me decía: “Usted tiene que poner esa grama verde”. Yo era subteniente y le decía: “Mi capitán pero estamos en verano”. No. “Es que viene la Inspectoría del Ejército y la grama tiene que estar verde, Chávez”. Y unos soldados echándole agua, a aquella grama, que más seca se ponía porque se quemaba con el vapor del llano. Y le decía: “Pero, mi capitán, usted tiene que explicarle al Inspector que venga, que estamos en

verano y aquí en verano la cosa se pone seca. Él tiene que entender eso”. “No, eso tiene que estar verde”.

¿Sabe la instrucción que me dio?, pintarlo con spray, pintura verde. ¡Ah!, porque era lo que exigían y el que hacía eso le ponían muy bien. Pero a lo mejor no revisaban la moral del soldado. A lo mejor no le hurgaban el alma para ver cómo estaba la tropa, sino la forma, la apariencia. Ahora las Fuerzas Armadas no es eso. Ahí han cambiado los patrones y procedimientos en función de lo que debe ser la Fuerza Armada: moral mística, voluntad de servicio, trabajo, sacrificio, servicio a la comunidad.

NUBLADO EN BARINAS

A mí me pasaron muchas amonestaciones cuando era teniente, subteniente, injustas también. ¡Uh!, por allá me amonestaron varias veces y a veces por cosas que no se interpretaron bien. Una vez en Barinas tenía clase de orientación por las estrellas con unos soldados. Es que uno tiene que aprender a ver el cielo, dónde está la Osa Mayor y por ahí uno se va, orientación estelar. Uno alinea las dos estrellas anteriores de la Osa Mayor, la proyecta hacia abajo directamente y ahí debe encontrarse la estrella Polar, ese es el norte. Y si uno ve la Cruz del Sur, entonces alinea las dos estrellas verticales de la Cruz del Sur y ese es el sur geográfico. Entonces ve a Orión, Casiopea, las constelaciones. El cielo tiene un mapa de noche. Así navegaban los viejos navegantes, y todavía.

Lo cierto es que yo tenía una clase con mi pelotón, eran trece soldados. Hice mi plan de lección, pero resulta que la noche estaba nublada. Eso estaba tapa'íto, era invierno y la clase era práctica, en el terreno, porque uno da la clase primero en una pizarra. Me llevé a los soldados al patio como a las nueve de la noche. Cuando empezamos a ver arriba, “Dios mío, pero aquí no se ve nada”. Así

que suspendí la clase y retiré los soldados. Claro, les dije: “Vayan al casino”, que estaban allá oyendo música y a tomarse un refresco, qué se yo. Bueno, pasó el capitán cumpliendo su obligación a pasar revista de instrucción, y no vio al pelotón en el sitio. Tú sabes que en los cuarteles eso es así, estricto. El pelotón de Hugo Chávez tiene que estar en la matica de mango entre ocho y nueve de la noche, recibiendo clase de las estrellas. El capitán pasó y no había nadie. Pero él no vio para arriba y me amonestaron.

Al otro día, a las seis de la mañana, el toque de diana, me llamó tempranito. “Ordene, mi capitán”. “Fírmeme aquí”. “¿Qué es eso?”. “Una amonestación”. Y tú sabes que no hay derecho a réplica. Firmé mi amonestación y después, a las veinticuatro horas, uno pasa un informe. Se aclaró y me la quitaron por fin. Pero hubo que hacer un estudio, porque después el capitán decía que él no recordaba si era verdad lo que yo decía. Tuvimos que pedir el informe meteorológico, testigos, los soldados, qué se yo, y por fin se demostró que sí, que ese día estuvo nublado en Barinas y yo no pude dar la clase.

“KIKIRIKÍ, ME TOCA A MÍ”

En Venezuela se acabó definitivamente la era de la trampa y del fraude. Convézanse dirigentes adecos, copeyanos y sus derivados. Aquella época en que ustedes hacían lo que les venía en gana. Lo vi con estos ojos. Era 1978. Yo era el teniente Hugo Chávez, comandante del Tercer Pelotón de Tanques de la Tercera Compañía del Batallón Blindado Bravos de Apure. Nos fuimos al Plan República en el estado Cojedes. Al teniente Hugo Chávez le dieron varias responsabilidades, una de ellas era responsable de la logística, de la alimentación y alojamiento de las tropas del Batallón Blindado. Pero también tenía a mi cargo varias mesas de votación.

Y fue de las pocas que uno podía ver, porque a los oficiales no les dejaban ni siquiera asomarse. Nos ponían como gafos a cargar el fraude, unas cajas ahí llenas de embuste. Pero yo vi, y eso me valió una reprimenda y casi una sanción, porque siempre fui contestatario. Y le decía a un superior que yo no podía quedarme callado ante lo que vi. Una mesa, por allá en una escuelita, en las afueras de San Carlos. Estaba lloviendo mucho, así que quizás por eso amanecí en la escuelita con los soldados, ahí en un rincón.

Los únicos testigos que había allí eran adecos y copeyanos. Los partidos de izquierda no tenían dinero, si acaso tenían testigos aquí en Caracas, en algunas partes, pero a nivel nacional, nada, qué testigos iban a tener. El adeco, el copeyano, el llamado Consejo Supremo Electoral todo era adeco y copeyano, el Pacto de Punto Fijo. Ellos abrían la caja y sacaban la tarjeta, era voto por tarjetas. Aquí estaba una, entonces iba alguien anotando en una pizarra, y ellos anotando en el acta que mataba los votos: AD, Copei, AD, Copei.

De repente salió por allá un gallo rojo, algunos votos del Partido Comunista salían. A mí me indignó porque hasta se burlaban. Uno de ellos decía: “Kikirikí, un gallo”. Sí, se reían, lo cantaban, así como el bingo. Y entonces yo, teniente, que había tomado en serio mi Constitución, mis responsabilidades de la Patria, ya me sentía bolivariano, yo decía: “No, pero esto es una burla, vale, esto es una verdadera burla”. Entonces decían: “Kikirikí te toca a ti”. ¡Ah! ¡El triple gallo! El comodín. Entonces el gallo terminaba siendo adeco. Y al rato salía otro gallo ¿no?: “Kikirikí, me toca a mí”.

EL V-100

Un día veo un periódico viejo, porque no llegaba ni periódico en ese tiempo a Elorza. Veo por allá en un cuadrito: “Murió subte-

niente Rafael Moros González”. En la frontera, por allá por Occidente. Lo lloré. Era de Acarigua, *catcher* del equipo de béisbol. Una granada que explotó y él murió por salvar a sus soldados. Veinte años tenía. Yo le decía “V-100”, porque el V-100 es un carrito de combate y él era como un carro de combate. Entonces le escribí también unas líneas:

*Aquí lejos del mundo aquel
aquí donde solo me han dejado
conversando con libero fantasma
aquí donde el Centauro en un tropel lanzó la inspiración
que nos brotara en uniforme azul, con guantes blancos
una espada y una esperanza.*

*Aquí en la otra cara de la Patria
aquí en las riberas del Arauca esta mañana
recibí un lanzazo que me partió el alma.
Esta mañana, Rafael Moros, hijo mío, de mi palabra
de mi siembra allá regada
esta mañana supe de tu marcha.*

*Te fuiste, Rafael, hacia el otro mundo
Te fuiste “V-100” hacia el otro mundo
aquí tus centauros seguimos el rumbo
a tu tumba grande llegaremos juntos
algún día cantaremos vivos y difuntos
el canto inmortal
nuestro canto profundo.*

*Adelante centauros, al galope
con la lanza en alto
hacia el horizonte del siglo XXI.*

¡RESPETE A ESTA TROPA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR!

Cuando estaba de mayor el gobernador de Apure no me quería ver ni en pintura, porque tuve con él en ese tiempo varios choques. Eran adecos nombrados por la Presidencia, borrachos, ladrones. Entonces yo lo mandé para el cipote. “Que haga un informe”, me dijo un general. “Yo lo hago, pero ese gobernador si me vuelve a hablar así, le voy a meter una patada por el hígado, para que respete”, le dije al general.

Les voy a contar por qué. Un día estábamos en el aeropuerto, aquí en Elorza. Era un acto por el aniversario del escuadrón. Yo no era comandante del escuadrón, era el capitán Castillo, pero yo estaba como más antiguo, estaba invitado. Además, mi escuadrón era también mío, y aquellos soldados que yo quise tanto. Entonces aterriza una avioneta y alguien dice: “Es el gobernador”. No venía a oír al pueblo, venía a una finca por ahí, a una ternera seguramente y a un buen whisky. A eso venían los gobernadores por aquí. Entonces yo voy con el capitán a saludar al gobernador. Viene el gobernador a regañar al capitán, delante de un poco de gente. “Mire, capitán, ¿como yo soy el gobernador de Apure y yo no sabía nada de este acto?, ¿qué acto es este aquí?”. El capitán le dice: “Mire, gobernador, yo le mandé la tarjeta de invitación, es el aniversario del escuadrón. Si quiere acompañenos”. Yo estaba parado al lado, porque yo no era el jefe de las tropas. Fui a saludar por respeto, ¿no?, al gobernador; a pesar de que ya era el jefe del Movimiento Bolivariano Revolucionario, pero como militar en ejercicio tenía que saludar por obligación. Entonces el Gobernador empieza a decirle al capitán: “Yo no recibí tarjeta, eso es embuste. ¡El Ejército!, ¡yo no encuentro qué hacer con el Ejército! El Ejército aquí no le hace caso al gobernador”, y no sé qué más. Conmigo no era, pero me meto yo: “Mira, Castillo, retírate”. Y le solté al gobernador de todo, entre otras cosas recuerdo: “Mire, gobernador, el Ejército ese

que está ahí, es el heredero del Ejército de Apure y del Ejército que libertó a este continente”. Entonces el gobernador me dice: “Ah, usted es el mayor Chávez, el tal mayor Chávez”. Le dije: “El ‘tal’ mayor Chávez no, soy el mayor Hugo Chávez Frías”. Y él: “¡Ah!, usted anda conspirando contra el Gobierno”. “Conspirando estará usted”. Bueno, por poco lo tiro al río. Tuvieron que llevarse al gobernador. Él iba allá y yo seguía diciéndole cosas. Yo dije: “Me van a botar de aquí, del Ejército, pero yo le digo a este gobernador lo que hay que decirle en su cara, a este borracho, bandido, corrupto y ladrón”.

Y me hicieron un informe: “El mayor Chávez allá en Apure le faltó el respeto a un gobernador”. Me llamaron y tuve que venir a dar una explicación. Hoy es uno de esos adecos que andan por ahí vociferando: “Que Chávez el tirano, que Chávez tiene que irse”. Cada vez que uno lo veía por ahí era borracho en Apure, y comiendo carne asada por todos lados. Y llegaba a atropellar a la gente, hasta que tuvo un mayorcito por allá que parársele al frente: “Usted está equivocado, caballero. Usted está equivocado, usted tiene que respetar la dignidad de estos oficiales que están aquí y de estas tropas del ejército libertador de Venezuela”. Se quedó boquiabierto, así lo dejé y me fui. Y después inventaron hasta que yo andaba con la guerrilla por allá en Apure.

BLINDADO

¿Saben qué me gusta a mí? Un cuartel. A mí me hubiese gustado muchísimo ser comandante de la Brigada Blindada porque ésa es mi arma, mi arma central. Uno es paracaidista, uno estuvo en los Cazadores, son unidades especiales, en las comunicaciones también estuve un tiempo, pero luego me hice de blindado, los tanques pues. A mí me gusta la guerra rápida, la guerra relámpago, el huracán de los blindados.

En los blindados nos las pasábamos con José Luis. Yo vivía en Maracay en un ranchito, no me da pena decirlo. Era subteniente y estaba Nancy embarazada de Rosita, la hija primera, Entonces José Luis e Isaura estaban recién casados también. Ellos habían conseguido un apartamentito por ahí en Santa Rosa, Maracay, cerca de la plaza España. Estábamos en el Batallón Blindado Bravos de Apure. Un domingo José Luis y yo nos fuimos a jugar pelota y luego le dije: “Vamos para la casa chico, a tomarnos una cervecita”. Fuimos al ranchito que no era mío. Chicho Romero vivía ahí con su esposa, dos hijos. Lo que hice fue poner un cartón y ahí vivíamos en una cama. Entonces él me dijo: “¡¿Oye y tú vives aquí?!” “Mira yo estoy en un apartamentico, y hay un cuartico allá vacío, somos dos, Isaura y yo”. Así que nos mudamos para allá, Nancy y yo. Y los dos carajitos nacieron casi el mismo día, cinco días de diferencia. Nació la Rosa primero, y después Jorge Luis que ya es teniente. Hijo mío, ya eres teniente. Sigues los caminos de tu padre que fue un buen soldado, un buen amigo y un gran compañero. Teniente Jorge Luis y el otro es subteniente y otro es sargento técnico, todos se metieron a la Fuerza Armada.

Entonces, José Luis Vegas Rodríguez, soldado blindado y de los buenos, buen compañero ha muerto hace unos días en San Cristóbal, que en paz descanse y mi corazón para ti Isaura, para los hijos y este sinfín de recuerdos.

MANTENIMIENTO DE TANQUES

Todos los viernes en los batallones de tanques, por tradición de muchos años, hay mantenimiento de los tanques, desde las siete de la mañana hasta las doce. A veces, uno comía con los soldados encima del tanque. Limpiando la grasa porque había que engr-

sar, limpiar las orugas, limpiar el cañón, sacar la munición, que son como cincuenta granadas de 105 milímetros; limpiar y revisar la munición, el tubo lanza fumígeno, la munición de reserva, sacar la ametralladora de la torrecilla, la punto cincuenta que va por el lado del cañón, que es grande y largota, sacarla, limpiarla. Todo el día, y en la tarde había revista.

Si conseguían algo sucio, el sábado había que venir a repetir el mantenimiento. Pero cuando, por ejemplo, el comandante García Hernández decía, de vez en cuando: “los señores comandantes de pelotón de tanques tienen libre el jueves después de las cuatro de la tarde. Los que quieran hacer mantenimiento el jueves, vayan de cuatro, hasta la hora que ustedes quieran. El viernes paso revista a medio día. Los que saquen los tanques impecables se van de permiso”. Naguará, uno se fajaba el jueves en la tarde, en la noche, los soldados como nunca. Claro, porque entonces uno iba a tener para la mujer, los hijos, la novia, la familia desde el viernes a las dos de la tarde, después de almuerzo, hasta el domingo.

A mí me gustaba pintar. Nunca faltaba a un juego de pelota los fines de semana, en Maracay sobre todo. Yo jugaba ahí en doble A, me llevaba a mi mujer y mis dos carajitas chiquitas. Pasábamos todo el día jugando pelota en la Universidad Central. En la noche uno se llevaba a la mujer y los niños a un teatro, una película. O a los niños los dejábamos con unos amigos y nos íbamos los dos a ver una película, o nos metíamos al Caney Tropical: arpa, cuatro y maraca, Cristóbal Jiménez. El domingo uno se levantaba tarde a leer los periódicos, a ver a José Vicente Rangel en aquel programa “José Vicente hoy”. Uno parecía un rey, el domingo, descansando, leyendo, conspirando también un poquito, las reuniones del movimiento. Eso era una vez en la cuaresma. Entonces uno rendía más y se veía más comprometido con ese comandante. Uno trataba de no fallar en nada, porque hay que retribuir.

CONDORITO

Yo tenía un soldado que le decíamos “Condorito”. Era chiquitico, pero muy avisado. En ese tiempo casi ningún soldado tenía ni sexto grado. El analfabetismo arrasaba. Uno tenía que escoger los soldados más buenos, todos eran buenos o casi todos, pero los más avisados y que aprendían más rápido. Yo nombré a “Condorito”, cabo del depósito, cuando era oficial de logística. Llegó la inspección y estábamos en una carpa en las afueras del batallón, en Maracay. Y estaban las cocinas de campaña, de aquellas viejas que había que echarles gasolina blanca. Una cocina de campaña pues, con un tanque, un depósito como de veinte litros

Entonces había como diez cocinas y un coronel venía a preguntarle a “Condorito”. El teniente no podía hablar, el teniente lo que estaba era viendo ahí, tomando nota. “¡Soldado!, ¿cómo se llama usted?”. “Cabo, no se que más, me llaman Condorito”. Y yo: “¿para qué tú le vas a decir que te llaman Condorito?”. Pero él era muy salío: “Cabo no se que más... y me llaman ‘Condorito’, mi coronel”. El coronel era un refunfuñón: “¿Cómo lo van a llamar ‘Condorito!’”. “¡Aquí le ponen a los soldados no se qué!”. “No, mi coronel, eso será entre ellos”, le digo yo. Todo el mundo le llamaba “Condorito”, uno mismo en el patio: “¡Condorito!” y para él era un orgullo ser “Condorito”.

“¿Y esa cocina cómo se llama?, pregunta el coronel. “Condorito” se la sabía de memoria “AXB421”. “¿Fabricada en qué año?”. “En 1948”. “¿Y para cuántos soldados se cocina aquí?”. “Para 328 soldados”. “Correcto”. “¿Qué gasolina usa?, ¿de esa los carros?” “¡Noooo!, mi coronel, de la blanca”. “¡Ah!, de la blanca”. “Échele, allá está la gasolina blanca”. “¿Cuántos litros de capacidad tiene el tanque de esa cocina?”. “Doscientos litros”, dice Condorito. Se equivocó, él me ve y yo le pelo los ojos. Y el coronel le dice “¿Cuánto, cuánto?”. “Entre todas, mi coronel, entre todas”.

EL PRIMER SALTO

Recuerdo la primera vez que me lancé en paracaídas. No se les olvide gritar: “¡Jea!” Claro, como uno está asustado tiene que gritar duro para darse ánimo y dar ánimo a los demás. Ese era yo que me asustaba, sobre todo en el primer salto. Aquí va la guaya, porque es paracaidismo enganchado: salto a mil quinientos metros. El de setecientos metros es muy bajo, porque cuando uno tiene más experiencia lo tiran bajitico, donde uno no tiene casi tiempo.

Va el avión Hércules y les confieso que el susto mío era doble, porque yo soy veguero. Jamás en mi vida me había montado en un avión y tenía que tirarme por la puerta. Cuando aquel bicho arranca y empieza a dar la primera vuelta en la zona de salto en la Base Libertador, en Palo Negro. Elevándose, elevándose hasta que llega a la altura, cuando el maestro de salto dice: “¡Levántense!”. ¡Ay, Dios mío!, me acordé de mi abuelita que en paz descansa. A mí me correspondió en uno de los saltos el número uno, “Tiene que pararse en la puerta, compadre”. ¡Madre mía! ¡Santa María, Madre de Dios!

Cuando uno va en la puerta tiene que lanzar la guaya duro, si no se le puede enrollar en el brazo. A algunos se les queda enrollada y cuando saltan ha habido desgarramientos y cosas peores. Hay gente que quedó guindando del avión. El avión vuelta y vuelta y un hombre guindando en el aire. Sí, señor. A mí me pasó una vez con un soldado. Yo era Comandante del batallón. Terrible, una cosa terrible. Nosotros saltamos primero y caímos, recogimos. Después me paré encima de la ambulancia con un binóculo, a ver la segunda oleada, venían otros aviones atrás. Entonces veo que los soldados saltan, saltan, y uno... “¡Dios mío!, que no haya novedad”. Porque siempre es difícil que no haya un accidente. Normalmente hay un diez por ciento de lesionados. El salto al que me refiero era en El Pao, en invierno. Saltamos sobre unas sabanas

llenas de árboles, lagunas, cercas, unos cerros. Recuerdo que un mayor, mi segundo comandante, cayó, en un árbol.

Les voy a decir quién sí hizo curso de paracaidista en la Fuerza Aérea: Castro Soteldo. Porque Castro Soteldo primero se cayó en un *Mirage*. El primer salto fue en Barcelona. Iba pasando, allá viene el *Mirage...*, se enterró de cabeza en un cementerio. Todo el mundo dijo: “Se mató Castro Soteldo”, el Pata'e guarapo. Lo consiguieron guindado en un samán, por allá. Él activó el eyector y quedó guindado en un samán. Se cayeron tres *Mirage* aquella vez: el “gocho” Durán Valdés, Castro Soteldo y el otro no recuerdo quién era. Yo me enteré en Corozopando. Estaba en Elorza, venía de San Fernando y compré Últimas Noticias. “Se cayeron tres aviones”. En ese momento el Movimiento Bolivariano en la Fuerza Aérea tenía tres oficiales superiores: Reyes Reyes, el “Gocho” Durán Valdés y Castro Soteldo, y los dos se cayeron. Yo dije: “Se cayó la Fuerza Aérea Bolivariana”. En ese tiempo éramos apenas un grupito. ¡Cómo hemos crecido!

NI ESTO, NI AQUELLO

En un Aló Presidente hablé de un diario que creo saber quién lo tiene. En una época estuvo en filas revolucionarias, ahora está en filas contrarrevolucionarias. Pero yo sé que esa persona guarda con respeto esas cosas. Por lo menos una copia le pido de aquel diario, de varios diarios míos. Uno era el que yo llevaba en el batallón de cazadores, octubre de 1977. Precisamente por esos días de octubre, en el diario que llevaba yo escribía la consigna: un Vietnam, dos Vietnam en América Latina. Y escribía “los soldados no sienten esta lucha”. Andábamos en el monte, detrás de la guerrilla en Oriente, en Anaco, en Cantaura, en Santa Rosa, en Santa Ana, Bergantín, Mesa La Tigra, Mesa La Leona, la Vuelta

del Caro. Me conozco todo eso como la palma de la mano, aun cuando pasaron treinta años y más nunca volví por esos caminos. Pero me los aprendí así, caminando, camino por camino, montaña por montaña.

En ese octubre nos mataron siete soldados cerquita de Aragua de Barcelona, en una emboscada de un grupo de Bandera Roja. Esa emboscada a mí me estremeció y me volvió un torbellino. Esa emboscada cortó de un tajo la locura mía, porque el plan era irme para la guerrilla con aquellos soldados. Estuve a punto de brincar para la guerrilla; ya sabía que estábamos defendiendo algo que no tenía razón, que lo que nosotros defendíamos era a Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela. Al país lo saqueaban, los gringos mandaban aquí. Entonces decía: “El Che tenía razón”. Decía: “Me equivoqué”. Recordaba los años de la infancia y las conversaciones de mi padre en el botiquín de Francisco Orta y decía: “¡Qué hice yo, Dios mío!, ¡dónde me metí yo!”

“Lo que me toca es brincar para allá, ahora que ya estoy entrenado en guerra irregular”, dije. Ya era soldado cazador, paracaidista, explosivista. Uno estaba formado para el combate y en mi plenitud física, en el 77. La emboscada me volvió un torbellino y se me perdió el camino. ¿Por qué? Porque a aquellos soldados los mataron cobardemente y entonces yo dije: “¡No! ¿Qué guerrilleros son estos?”. “¡¿Qué guerrilleros van a ser estos que matan a estos pobres muchachos!?” En un volteo los agarraron, los masacraron. Una cosa es que uno muera en combate y otra que masacres, asesines a unos muchachos dormidos en un volteo.

Entonces dije: “No, no, ni esto, ni aquello”. Ahí fue cuando juramenté al Ejército Bolivariano de Liberación del Pueblo de Venezuela y a los pocos meses me cambiaron a Maracay, y empezamos a trabajar ya a otro nivel. En el 78 me reuní con Douglas Bravo, a través de Adán; con Alfredo Maneiro, a través de Vladimir “Popeye” Ruiz. Entonces, a través de ellos me fui metiendo a la

revolución, le cogí ritmo, pues. Recuerdo lo que me dijo Alfredo Maneiro la última vez que lo ví, “Mira Chávez, esto es para largo, así que calma, paciencia que esto es para largo”. Y fui asumiendo que era para largo, como para largo fue y como para largo será. Aquí se nos irá la vida completa.

LES METIMOS DURO A LOS GRINGOS

En una ocasión recuerdo que me salí de un aula militar, me iban a sancionar, bueno, me salgo de aquí. Estábamos haciendo el curso de Estado Mayor y trajeron como sesenta gringos. Era parte del plan del Gobierno de aquel entonces para tratar de influir en nosotros y frenar la rebelión que ya venía, palpitaba. Era casi que abierto el enfrentamiento en las aulas, en los cuarteles, con los bolivarianos. Ya nos llamaban los bolivarianos, y nos dábamos el lujo incluso de enfrentar a superiores en discusiones sobre Bolívar y la política nacional. Recuerdo en ese curso que me paré a defender a las empresas de Guayana, porque llevaron a un expositor, economista y tal. ¿A qué?, a vendernos a nosotros los militares la tesis de la privatización. Recuerdo que defendí esto que ahora con orgullo estamos ayudando a rescatar. Uno luchaba en silencio ahí dentro, ¿no? A mí me da mucho sentimiento decir esto y recordar, porque, ¡oye!, cuántas cosas pasaron, cuántas batallas chiquitas, silenciosas que nos fueron llevando a lo que nos llevó aquello.

Entonces una vez vienen esos gringos, y nos pusieron a jugar a la guerra. A mí me ponen de oficial de operaciones de una parte, y los gringos de la otra. ¡Les metimos duro en el juego de la guerra! A mí me andaban vigilando, yo era un objetivo psicológico y de investigación allí en el curso. Esos gringos eran casi todos sociólogos, psicólogos. Militares, pero casi todos asimilados, analistas políticos, disfrazados ahí. Era una labor de inteligencia descarada,

delante de nosotros. Yo lo sabía y llegué a decirlo en alguna reunión. Bueno, así que hicimos un juego de guerra ahí y le metimos medio pa' los frescos en el juego de la guerra. Les tomamos hasta la retaguardia a los gringuitos esos. Entonces se me acerca uno, un coronel: "Comandante, ¿usted cómo es que se llama?". "Yo soy el comandante Chávez". Me dijo: "Usted es bien agresivo pa' jugar a la guerra". Porque yo era el que tomaba decisiones operacionales, y les clavé cuatro batallones de tanques por un flanco, compadre, "¡ra, ra, ra!", y les metimos los tanques hasta el fondo, hasta que se rindieron pues. Un juego, pero que tiene su ciencia y su arte, como jugar un ajedrez: la audacia y la estrategia. Y no era yo, sino un equipo. Estaba Ortiz Contreras ahí en ese equipo, que en paz descanse, mi compadre Ortiz.

Jugamos softbol y los matamos, les ganamos por *nocaut*. Tenían a un gringo ahí, así grandote, que pulseaba y le ganaba a todo el mundo. Le dije yo: "A mí me vas a ganar, pero a que no le ganas a mi compadre Urdaneta". Lamento mucho lo que ha pasado, pero fue un gran amigo, un hermano fue Jesús Urdaneta. Él a lo mejor hasta se pone bravo porque yo lo nombro, pero no importa, hace poco murió su papá, me dolió mucho, el viejo Urdaneta. Bueno, pero yo tengo los recuerdos, pues. ¿Quién me los va a quitar? Nadie me va a quitar mis recuerdos. Es como cuando uno amó a una mujer. Me podrás quitar todo, pero mis recuerdos no me los quita nadie. Los amigos de verdad que pasaron, uno los tiene aquí como recuerdo.

Entonces le dije al gringo: "Mira, ¡ah!, tú andas ahí fanfarro-neando". Estaba tomando cerveza en el casino, allá en Fuerte Tiuna. Le digo: "A que tú no le ganas a mi compadre Urdaneta". "¿Apostamos?". "Epa, Jesús Urdaneta. Ven acá, compadre. Mira, este gringo dice que te va a ganar pulseando". "¿A mí?", "¿quién me gana pulseando a mí?". ¡Ajá! Y todo el mundo rodeó a los dos. Urdaneta que se le reventaban... Yo dije: "Voy a ser culpable de

que se muera Urdaneta”. Porque aquel gringo era un gigante, chico, y Urdaneta es un hombre fuerte pero no es un gigante, pero con una voluntad, sin duda. Ojalá se mantenga siempre así para cosas buenas. Entonces Urdaneta, y todos nosotros aplaudiendo. A Urdaneta las arterias parecía que se le iban a explotar, vale, pero aquel hombre nada. Hasta que el gringo empezó, miren, a “culipandear”. ¡Pum! ¡Le volteó Urdaneta la mano al gringo! Les ganamos en todito a los gringos esos. Están muy equivocados los que andan diciendo por ahí: “Una invasión gringa, una invasión de Estados Unidos y no duraría cuatro horas la guerra”. O “los Estados Unidos controlarían este país sin necesidad de poner una bota aquí”. No lo controlarían ni con un millón de botas. ¡A este país no lo controla nadie! ¡Sólo los venezolanos podemos echar este país adelante!, ¡sólo nosotros podemos hacerlo!

FUERTE JOSÉ MARÍA CARREÑO

Ese cuartel se llama así porque mi general Martínez Cafasso, comandante de la División de Caballería, me dijo: “Chávez, mi promoción pasa a retiro, la promoción Carreño. Yo quiero que ese fuerte se llame José María Carreño”. Además, él firmó una resolución interna, mandó a hacer un busto de José María Carreño. Me lo mandó para acá en una avioneta. Yo me encargué de la placita, los bancos junto con el sargento González Martínez, Tinaquillo, muy buen compañero. A veces yo tenía que darle la orden de que no echara más chistes, porque uno se iba a reventar de reírse: “Sargento, no eche más chistes, una orden”. Se tapaba la boca. Unos chistes... y además, los echaba en ráfaga: ¡pun, pun, pun! Pero muy bueno, era suboficial, pero como un oficial para todos. Yo no tenía distinciones. Siempre quise unificar eso hace tiempo, porque vi que a los hijos de los suboficiales los trataban en mu-

chas partes como si fueran “subhijos”, pues, menos que los hijos de los oficiales. Y las mujeres de los suboficiales como si fueran menos también. ¿Qué es eso? Desde entonces yo tenía ese sueño que ahora veo hecho realidad: oficiales técnicos.

Entonces viene Martínez Cafasso, hacemos la plaza, sembramos una gramita y tal. Como ellos se iban de baja en julio, él invitó a algunos compañeros de promoción y vinieron como doce generales de división, de brigada, uno que otro coronel. El cura de la división vino. Entonces tuve que buscar los tres *Pinzgauer* míos, pedí prestados los dos que tenía la Guardia, y otro camión, un M35. Ninguno era nuevo, eran unos camastrones, pero tenían fuerza en el motor. Hicimos la columna en el aeropuerto. Llegaron todos en varias avionetas y un avioncito, un *Arabas* lleno de generales. Teníamos que ir para el cuartel y después una ternera en el pueblo. Bueno, para el cuartel.

Se pegó primero el camión, el M35, se pegó después el de la Guardia. Los generales se iban pasando, ya no cabíamos. Se pegó el otro de la Guardia. Quedaban los tres míos, tracción en las seis ruedas. Se pegó el primero. Cuando quedaba uno solo ya no cabíamos. Iban a pié algunos. Entonces me dice Martínez Cafasso: “Chávez, ven acá, compañero”, y vienen los generales llenos de barro, pero eran soldados todos, ninguno estaba murmurando, estaban gozando más bien: “¿Este es Apure?”. “Este es Apure. Para que conozcan el llano en invierno, mi general”. “¡El cura!, ¿dónde está el cura?”, dijo Martínez Cafasso. Viene el cura. “Que traigan el agua bendita” y todo. Nos paramos en un morrito de barro, y dice Martínez Cafasso: “Chávez, ¿en qué dirección queda el escuadrón?”. Le dije: “Allá, mi general, en aquella mata que está allá, la mata de la guacharaca, ahí a la izquierda”. “Bueno, señor cura, proceda desde aquí, a inaugurar la plaza”. ¡Esa plaza se inauguró desde la mitad!, ahí donde está el Paso de los Niños, porque ahí nos pegamos toditos un día y cada oficial traía sus niños. Llegamos

al pueblo con los niños al hombro, el barro hasta la rodilla o más arriba. Así se inauguró esa plaza del Fuerte José María Carreño. Recuerdos de soldados.

COMANDANTE

Unos meses después de “El Caracazo” caigo preso en Miraflores y me llevan al Comando del Ejército, acusado de algo que no era cierto. Claro, yo era jefe ya de un movimiento revolucionario, pero nos habían acusado de que íbamos a matar al Presidente y al Alto Mando militar en la cena de Navidad de ese año. Nada más lejos de nuestra intención matar a alguien, pero fue un invento desesperado de algunos miembros del Alto Mando y de la DISIP que no conseguían cómo sacarnos de Miraflores a mí, y a otros compañeros de los segundos comandos de batallones importantes como el Ayala y del Batallón Caracas. Estaba Ortiz Contreras en ese batallón del Ministerio de la Defensa.

Me detienen el 6 de diciembre, “Tiene una hora para salir del Palacio”. “Tiene que amanecer en Maturín”. Recogí todas mis cosas, agarré mi perol viejo, un carro que yo tenía todo “esperola'o”, metí un poco de cajas, la ropa allá atrás y me vine. Mi jefe estaba muy afectado, porque decía que eso era mentira. Pero bueno, el propio presidente Carlos Andrés Pérez dio la orden. Entonces amanecí en Maturín. Wilfredo estaba de guardia esa noche, era Jefe de Servicio y me dice: “¿Y usted qué hace aquí?”. Y le dije: “Vengo a trabajar para acá”. “¿Qué?!” , “¿dónde?” Era diciembre, no son días de cambio. Pero en la noche había un fiestón ahí, me zumbé y me fui para la fiesta, era el Día de Maturín, el 7 de diciembre, así que aquí pasé 24, pasé 31. No podía salir de aquí. Maturín era como una prisión para mí, pero qué bella prisión y que bellos meses pasé aquí. A los pocos días vino mi esposa con mis hijos, que estaban pequeños.

Conocí y conseguí viejos amigos. Un tío mío vivía aquí. Un día me lo consigo, íbamos trotando y me pasa por un lado un carro y me dicen: “¡Maisanta!” Yo volteo y era Rubén Chávez, chico. Años sin verlo, su casa fue mi casa. Conseguí a aquel muchacho de Sabaneta que fue a un mundial de béisbol, Argenis Lucena, hermano de Pancho Bastidas. Su casa era mi casa, hice amigos en los barrios, en la pelota, jugábamos softbol, béisbol. Oficiales que me dieron su afecto como el mayor Silva y muchos otros. Pero en verdad tenían muy vigilado cada paso que yo daba. Para salir de Maturín tenía que pedir permiso al comando superior, así que pasé aquí diciembre, enero, el Año Nuevo, los carnavales. Nunca los olvidaré, ¡qué maravilla de desfile de carnaval aquí!, en la avenida Bolívar. Después nos fuimos al Paso Maraquero. Luego todos esos meses aquí. Yo pensé que no iba a ascender a comandante, qué voy a ascender acusado de querer matar a un presidente. Sin embargo, no pudieron probar nada y finalmente ascendí, aquí en Maturín, en la plaza del Bolívar ecuestre, al lado de la catedral nueva. Pasé aquí unos meses verdaderamente inolvidables, de mucha reflexión, porque era un momento crucial. Yo decía: “Bueno, me voy de baja, se acabó el Movimiento”. Pero no, al poco tiempo empezaron a llegarme los muchachos.

DESCARGO

Yo entregué mi Batallón Briceño a la Patria, el 4 de febrero de 1992. Algunos se fueron, algunos de los muchachos murieron en la rebelión. El Batallón fue a prisión, los oficiales y los soldados, todos presos. Varios meses después estaba en Yare y llega un funcionario de la Contraloría General de la República, para que yo firmara el acta de entrega. Porque al Batallón lo habían eliminado. Yo no me iba a negar, por supuesto, porque era una responsabilidad

administrativa. Así que le di la bienvenida al funcionario que enviaron.

Pero me pongo a revisar el acta y había una serie de observaciones. Una decía que yo tenía una deuda de no sé cuántos millones de bolívares por alimentación, hasta el mes de junio de ese año '92. Yo le decía a aquel caballero: “¿De dónde sacan ustedes esto?” “¿Cómo es posible que me estén achacando a mí esta deuda desde el mes de febrero hasta el mes de junio, si mi batallón salió a la rebelión y no volvió?” “¿Dónde comió esa gente?” “¿Cómo voy a pagar yo?” “Yo estoy preso desde aquella fecha”. Claro, si yo no hubiera revisado, hubiera firmado. Mire, me clavan la estaca. Luego le dije: “No, yo no voy a firmar eso”. Menos mal que uno de los compañeros de la rebelión, el sargento Freites, es contable y me ayudó a revisar el acta. Yo le dije: “Déjeme el acta”. “No yo no puedo dejársela”. Bueno, “entonces venga mañana”.

Volvió al otro día y seguimos revisando. Encontramos otras cosas, que si yo no hubiese revisado, o no hubiese tenido ahí a Freites, a lo mejor firmo el asunto y me hubiese metido un autogol, porque hubiese estado reconociendo deudas. A lo mejor sacan por la prensa al otro día: “Vean al comandante Chávez, que habla de la moral y la revolución, miren, dejó una deuda, no pagó la alimentación, se cogió unos millones de bolívares”. Recuerdo que había también unas deudas en la cantina de tropas. Un teniente era el cantinero y fueron a revisar. Me dijeron que revisaron hasta las botellas, botella por botella, a ver si estaban completas las botellas vacías de los refrescos, las facturas. Fueron a todas las casas comerciales, como debe ser, revisando hasta el mínimo detalle y entonces faltaba un dinero en la cantina.

Yo le dije, bueno vayan a buscar allá al teniente que está preso en el San Carlos, que él me mande los recaudos. El teniente no podía salir de la cárcel, pero dio indicaciones sobre un cuaderno que él tenía en un maletín, en su habitación, y en ese cuaderno estaban

unas facturas que él no tuvo tiempo de consolidar. Resulta que ese fin de semana hubo cantina, hubo soldados, hubo visita de familias, tomaron refrescos, hubo compras, hubo ventas y el lunes él amaneció alza'o ¿Qué iba a tener tiempo de estar consolidando facturas y registrando el cuaderno? El lunes andaba con su pelotón de morteros, alzado en armas. Sin embargo, aparecieron las facturas y se consolidó todo y quedó todito claro. Eso se llama descargo.

“ESPEROLA'O”

Yo vine a comprar casa cuando era mayor, y eso, porque tenía un jefe de buen sentido humano. Trabajábamos en el Palacio Blanco. Un día íbamos a una conferencia en Maracay, y me dijo: “Mira, Chávez, tú hablas como un hermano mío, pero es un comunista. Es médico y ese nos dejó hasta la familia y se fue con los indios de Amazonas y nadie lo sacó de allá. Se llama Gilberto”. Después yo conocí a Gilberto Rodríguez Ochoa, que en paz descanse. Era un hombre extraordinario, como pocos he conocido, humilde, desprendido de todo.

Yo tenía confianza y le dije al general: “Me honra que usted me compare con ese hermano suyo, algún día espero conocerlo”. “¿Qué es comunista?, ¿qué es el comunismo, mi general? ¿Usted cree que es malo?” “Ay, Chávez, no te metas en esos temas, no te metas para lo hondo”, me decía. “Ten cuidado que te andan cazando y no eres venado. Te andan cazando porque hablas mucho”. “¿Cómo vas a preguntar qué es el comunismo, si yo soy un general?, ¿te das cuenta?”

Él me preguntó un día: “Chávez, ¿dónde tú tienes a la negra y los muchachos?” “Están en Barinas”. “¿Dónde tú tienes casa?” “Yo no tengo casa, mi general” “¿Tú eres mayor y no tienes casa? “No tengo”. Un día vio el carro mío. Íbamos bajando a un acto no sé dónde y el carro mío era un catanare que tenía la lata toda carcomida,

los cauchos lisos. Me la pasaba echándole *flit* para que un zancudo no picara un caucho, porque explotaba. A veces andaba sin caucho de repuesto, porque lo poquito que me quedaba, si es que quedaba algo, un bolivita, uno lo ponía para la causa. El Movimiento tenía algunos gastos, papeles, reuniones, viajes que no estaban en la agenda. Además, el sueldo de un oficial siempre ha sido modesto. Entonces veníamos bajando de un acto, uniforme y corbata y el carrito mío estaba parado junto al suyo, un carro negro grande de esos protocolares, porque era el puesto asignado al ayudante.

Y él me dice: “Chávez, coordina, chico, averigua de quién es ese carro, con mucho cuidado, tú sabes, por respeto al ser humano. Tú le dices que ponga ese carro allá atrás o en otro lugar, porque mira ese carro chico, cómo está “esperola'o” ahí en todo el frente del Palacio de Gobierno, tú sabes”. Entonces, yo le digo: “Sí, mi general, permiso para quedarme. Permítame no ir al acto”. “¿Por qué?, si estamos en la hora, vámonos móntate”. “No, no, es que ese es mi carro”. Aquel buen hombre cambió de colores. “Bueno, siéntate chico, vámonos”. “Y, ¿cómo es que tú tienes un carro así, Chávez”. “Bueno, mi general, yo no tengo dinero”. “Tengo una mujer y tres muchachos y mi esposa no trabaja, tiene los tres muchachos allá cuidándolos desde que nacieron”. Entonces él se empeñó en que yo comprara una casa, y tuviera a la familia más cerca. Un día me dijo: “Tú convertiste esto en una oficina de atención de los pobres, Chávez”. Pero en el fondo él compartía aquello.

ENGUAYABADO

Yo no estoy en contra de la cerveza. Nunca me gustó el licor, pero bueno, uno iba a un lugar y se tomaba una cerveza, dos cervezas, un traguito, sobre todo uno que andaba en la conspiración. El coronel Hugo Trejo, mi general Trejo —lo ascendió la Revolución—,

me enseñó mucho a conspirar, me enseñó a ser soldado patriota. Ya yo lo era, pero él me amasó, ayudó en amasarme. Tuve la dicha de conocerlo cuando yo era muy joven, subteniente. Me le paré firme una vez y pasé a formar parte de su ejército. Una vez me dijo: “Mira, Hugo, con los militares no vas a poder evitarlo y si lo evitaras sería sospechoso. Así que tienes que actuar como la mayoría”. Fiestas, sobre todo en esa época. Cada vez que había un cambio de jefe, una parranda, whisky, música, un gasto. Y eso se acabó. La orden es, eso se acabó.

La otra entrega de mando la hice en El Pao, de campaña, quemándonos por el sol, con la tropa al frente. Y para qué fiesta pues, qué es eso. Ah, esas son las viejas costumbres, ¿ves? Rómulo Betancourt decía que “a los militares había que tenerlos contentos con caña, cobre y la otra c”, esa que no se puede nombrar. Y a la Fuerza Armada la pudrieron. Gracias a Dios mantuvo ciertos espacios, como la patria toda los mantuvo siempre sanos, que fueron capaces de brotar de entre el excremento y dar la batalla junto al pueblo, como la estamos dando.

Entonces el coronel Trejo decía: “Hugo, tú tienes que ir campaneando, y ponle cuidado. Oficial que no beba es sospechoso, porque ese puede andar esperando, te puede andar cazando, puede ser de inteligencia, pues, y anda haciendo alguna tarea. Y el que beba mucho y se rasque, cuidado, porque ese si lo metes a la revolución va a empezar a hablar, va a delatar y, además, bueno, moralmente es un borracho”.

Bueno, entonces la cerveza. Yo no soy contrario a eso, yo no soy musulmán pues, pero para qué cerveza, ¿verdad? Pregúntense ustedes. ¿Para qué caña? El que esté despechado, bueno, un clavo saca otro clavo, compadre. “No, que estoy despechado”. Hay gente que toma eso como excusa y se la pasan es despechados. “Estoy enguayabado”. Después inventaron el doble guayabo, eso es peor. Imagínate tú, guayabo negro, ese es otro que así lo llaman.

FLAMIJOQUER

¿No voy a conocer yo al “Búfalo” o a Briceño Araujo? Briceño Araujo era capitán de mi batallón y recuerdo que pocos días antes del 4 de febrero a él lo cambiaron para la selva. Era capitán y yo comandante, cuando lo despedimos tomando flamijoquer de los paracaidistas, que bebemos candela. ¿Ustedes saben eso? Los paracaidistas bebemos candela, ponemos aquí una cosa, de esa agua que tiene picante, se le prende candela, ¡psst! Y luego usted se traga la candela. Estábamos despidiendo a Briceño Araujo, y ya en la madrugada, era como un viernes, nos quedamos ahí jugando dominó un rato, los oficiales del batallón. Era diciembre. Recuerdo que cuando nos despedimos, ya en la madrugada, él me dijo: “Mire, mi comandante, yo sé que por ahí viene una cosa, yo sé. No me deje por fuera, usted me avisa, yo me vengo para acá”. El día de la rebelión estaba próximo. Posiblemente ese diciembre estábamos a punto de estallar. Por fin lo dejamos para enero, febrero, 4 de febrero. Yo no te pude conseguir, tú estabas en un batallón no sé dónde, por allá, yo te mandé el mensaje, pero no te llegó. Ése es el general Briceño, segundo comandante de la División Blindada. Comandó la Brigada de Paracaidistas y le entregó al “Búfalo”.

El “Búfalo” jugaba rugby. Véanle la frente al “Búfalo”. Yo tenía el equipo de rugby de la Academia. Eran cadetes y el “Búfalo” era de los duros jugando rugby contra la Simón Bolívar. ¿Te acuerdas de aquel entrenador? Mackin Black Coller, era el entrenador. Entonces un día yo voy de capitán a pasar revista al Hospitalito. Voy caminando por la calle donde estaba la Escuela de Blindados. Veo que viene un cadete nuevo en muletas, todo doblado, enyesado por aquí, lo llevaba un técnico ahí. Veo ese cadete todo “choreto”, y le digo: “Mire, recluta, ¿y a usted qué le pasó?”. “Soy del equipo de rugby, choqué con mi alférez el “Búfalo”. ¿Tú te acuerdas? Tú

le diste un cabezazo a un nuevo ahí. El general comandante de la Brigada de Paracaidistas. Esos son muchachos como hermanos, algunos los veo como hijos, son generaciones que uno ayudó algo a formar.

EL CARACAZO

¿Saben a qué vine yo aquí por primera vez, a este Palacio? Yo vine aquí por primera vez a buscar una caja de whisky. ¡Fíjate para lo que era este Palacio! Al teniente Chávez lo mandaron a hablar con el jefe de la Casa Militar en esta misma oficina. Era un general, y otro oficial, había una fiesta y faltaba whisky, porque había que tomar whisky. Me mandaron con una hojita a presentarme aquí y yo salí por allí con una caja de whisky. ¡Me da pena! Pero no me da pena, porque eso refleja en mucho lo que era este palacio, la loquera que era.

Años después, un poco más maduro, llegué ya mayor al Palacio Blanco, como ayudante de un general, de un buen jefe que tuve. Así que un día amanecí del Cajón de Arauca al Cajón del Guaire, y a los pocos días vinimos a la juramentación en este salón. Luego, con cierta habilidad que me dio la sabana y la vida, fui haciendo amigos por aquí: los oficiales que trabajaban, las secretarias, un viceministro. Así que yo caminaba por aquí, pasaba por el túnel. Vine a varias fiestas en este patio, champaña de la buena, de la más costosa, whisky, música.

En esos años vi con estos ojos a la mismísima Blanca Ibáñez, por esos pasillos, en el Salón de los Espejos, en varios eventos. Yo siempre la miraba y veía en su rostro la expresión del poder. El presidente Jaime Lusinchi era un hombre que no mandaba. El poder personal, digámoslo así, lo tenía Blanca Ibáñez. A tal nivel de degeneración habíamos llegado que todo el mundo sabía que

ella era la amante del Presidente, y la esposa estaba allá en La Casona. Y aquí venía toda la alta sociedad, la burguesía, muchos altos dignatarios de la Iglesia, Fedecámaras, a brindar. Varias veces brindé en ese patio del Pez que Escupe el Agua, había muchas fiestas entonces aquí. Casi todos los viernes, era como dicen en las calles “palo y palo, compadre” y no era Magallanes precisamente. Una noche vi cómo se llevaron al Presidente, así como en las comiquitas, que sacan al borrachito dando pataditas en el aire, que no se quiere ir, así se lo llevaron. Estaba muy borracho, en verdad. Y tenía aquella fama que le hicieron los que dirigieron la estrategia comunicacional. Había un análisis de la sonrisa de Lusinchi y lo comparaban con la Mona Lisa, una sonrisa misteriosa: “el Presidente más bueno y más querido”.

Estaban entregados a la élite económica. Hacían muchos negocios y fue aquellos años donde la deuda del sector privado, por un acuerdo que se hizo entre el Gobierno de Lusinchi y el sector privado, se la echaron encima a la República. Así fue como, de un año para otro, Venezuela duplicó la deuda externa pública. ¿De dónde surgió? No fue que le prestaron dinero a Venezuela. La deuda que tenían los privados la asumió el Gobierno de Lusinchi y la seguimos pagando hoy. Les digo más, los papeles desaparecieron. La República pagaba la deuda de los ricos con dólares de las reservas internacionales, del dinero del pueblo. No la deuda de los pobres, sino de grandes empresarios, la elite, la burguesía. Ese acuerdo fue el que dio lugar a que Lusinchi dijera después: “La banca me engañó”. Pero se fue tranquilo y aquí nos quedamos nosotros. Todo eso son causas de “El Caracazo”.

Viví aquí el día que ganó Carlos Andrés Pérez. En la noche vi desde mi ventana llegar a Fidel Castro. Allá va Fidel, esperanza de estos pueblos —dije yo—, pero cómo acercármele. Recuerdo que el maestro John Sifontes era sargento, un afrovenezolano revolucionario. Estaba en el movimiento porque habíamos estado juntos

en Elorza. Llegó un día muy contento a mi despachito en el Palacio Blanco y me dijo: “Mi mayor, me nombraron jefe de seguridad de Fidel, de la caravana”. “¿Qué le digo a Fidel?”. “¿Le hablo del movimiento?, porque yo hablo con él”. “No le puedes decir nada. Páratele firme, le das un saludo, el más enérgico que en tu vida hayas dado y con eso le dices todo. Le dices que el Ejército Bolivariano lo saluda”. Él cumplió, porque a los dos días me llegó. “¿Qué te respondió?”. “Me dio un abrazo”. El ejército bolivariano, pues.

Venía calentándose una situación, histórica, de caos moral, político, estructuras sociales totalmente desgastadas. Un pueblo sin rumbo, sin gobierno, sin representantes. ¿Recuerdan ustedes los nombres de aquellos carcamales del Congreso? La mayoría eran negociantes. En el Congreso los diputados eran puestos por los grandes medios de comunicación, tenían su cuota allí. Fedecámaras y los grandes sectores privados metían diputados y senadores. Era el reparto del poder, el Pacto de Punto Fijo. La embajada norteamericana, por supuesto, tenía entrada libre, me consta. Llegué a volar en el avión de la embajada de los Estados Unidos, porque yo era audaz, andaba jugando duro dentro del Ejército. Me hice amigo de los militares estadounidenses, de la embajada. Me acuerdo de Hugo Posei, a su casa iba, en Prados del Este. A mi ascenso a teniente coronel, un año después, fueron el coronel y los agregados militares de los Estados Unidos en el avión de la Embajada. Se llevaron un poco de gente de Caracas, fueron a Barinas a la celebración del ascenso.

Y llegó el lunes 27 de febrero. Llegué muy temprano aquí a Palacio. Me sentía mal de salud, tenía un malestar, venía de San Joaquín. Ahí vivíamos con mi esposa entonces, Nancy, y mis tres niños mayores. Me vine muy temprano para evitar la cola de aquí de los Ocumitos y la cola de Coche, para no llegar tarde al trabajo. Había que estar aquí a las siete, así que yo salía a las cinco de la mañana en mi carromato, “El Vaporón”. Trabajamos ese día,

ya había algún movimiento. En la tarde me fui a la Universidad Simón Bolívar, estábamos haciendo el postgrado. Recuerdo con mucho cariño mis profesores de postgrado, algunos me critican hoy, pero no importa, recuerdo aquellos debates. Profesores algunos de izquierda, pero la mayoría de derecha. Esa noche no hubo clase en la universidad debido a los disturbios. Había un grupo de compañeros ahí a la entrada de la universidad que no tenían carro y yo les di la cola. Fui por allá, por La Trinidad, y me tocó ver, después que dejé a mis amigos cerca de sus casas, como saqueaban, policías, disparos. Me vine a Palacio esa noche, llame a mi general y le dije: “Mire, yo acabo de ver esto, esto y esto, y aquí en el centro de Caracas hay humo”. Me dijo: “Quédate ahí, me avisas cualquier cosa”. Al siguiente amanecí con fiebre, tenía lechina, estaba brotando. Me fui a la enfermería de Palacio y me mandaron reposo. Me le presento al general y me dice: “No te me acerques, que a mí no me ha dado eso, y es contagioso”. No conseguía gasolina para regresar a casa, estaban todas las estaciones cerradas. Era ya el 28, el martes en la mañana. Entré a Fuerte Tiuna y me tocó verlo en guerra. Fui a buscar gasolina con un compadre que era coronel. Me senté en su oficina y veo en el televisor aquel desastre. Salgo al patio, los soldados corriendo y unos oficiales mandando formación y a buscar los fusiles. Y le digo: “Mi coronel, ¿qué van a hacer ustedes?”. “¡Ay, Chávez!, yo no sé qué va a pasar aquí. Pero la orden que llegó es que todas las tropas salgan a la calle a parar al pueblo”. “¿Pero cómo lo van a parar?”. “Con fusiles, con balas”, incluso dijo: “Que Dios nos acompañe, pero es la orden”. Vi los soldados salir, los soldados logísticos que no son soldados entrenados. Esos son los que hacen la comida, los que atienden los vehículos. Hasta a los mecánicos los sacaron y les dieron un fusil, un casco y bastante munición. Lo que venía era un desastre, como así fue.

El primero de marzo matan a Luis Felipe Acosta Carlez, uno de los jefes del movimiento en Caracas. El 27 de febrero, sonaron

las dianas del 4 de febrero. Como soldados nos sentíamos tan avergonzados, tan adoloridos después de aquella tragedia y recordábamos siempre entonces aquella centella que fue Bolívar cuando dijo: “Maldito el soldado que vuelva las armas contra su pueblo”. El 27 de febrero nos hizo llorar, nos hizo sangrar, pero recuerdo que yo no pude ni siquiera venir a nada, yo estaba que no podía ni hablar casi, una semana de reposo.

Cuando regreso a Caracas me fui a la tumba de Felipe, fue lo primero que hice. Otra noche iba subiendo las escalinatas del Palacio Blanco, regresando de la universidad como a las diez, once de la noche, y un teniente se me acerca, me dice que quiere hablar conmigo. El Ejército estaba encendido de un debate interno, sobre todo nosotros los humanistas, nosotros los más jóvenes. Había otros que no querían debatir, había otros que decían: “Para eso somos nosotros”. No, para eso no puede ser un Ejército, para masacrar niños, hombres, mujeres, desarmados. Todavía que fuera una guerrilla, una cosa armada, pero gente desarmada, inocente. Recuerdo la foto de un niño bocabajo tendido, tendría seis años; la recuerdo a color, la sacó algún periódico, uno de los tantos niños que murieron. Entonces el teniente me dice en la escalinata: “Mi mayor, yo quiero hablar con usted”. “Bueno, vamos a tomarnos un café ahí en la oficinita mía. “Mi mayor, aquí no, hay grabadoras”. Le dije: No, creo que no, pero vamos a hablar en el pasillo, a ver qué es lo que tú me quieres decir”. Él me dijo: “Mire, mi mayor, por ahí se dice que usted anda en un movimiento revolucionario”. Esos eran los comentarios desde 1986. Dos años atrás ya había empezado el rumor de que había un Movimiento Revolucionario y que yo era uno de los jefes. Nosotros teníamos mucho cuidado para la captación de gente, no podíamos equivocarnos, por uno que nos equivocábamos caía un grupo o a lo mejor todo el movimiento. Así que teníamos un proceso muy estricto de estudio de la personalidad, hombre a hombre, mujer a mujer, para la incorporación. Así que

yo al teniente le dije: “No, usted está equivocado, son rumores, usted sabe, yo lo que hago es que estudio, hablo de Bolívar”. Y por ahí me le fui para no decirle absolutamente, sino dejarle abierta una puerta y luego estudiar al muchacho. Él ha estado aquí en la Casa Militar. Al final me dice: “Bueno, mi mayor, yo entiendo que usted no puede decirme nada, pero le voy a decir algo, si ese movimiento existe, por favor métanme, porque yo lo que viví y lo que vi, sería lo único que justificaría mi presencia en el Ejército, porque yo en un Ejército como este, no quiero ser soldado”. Ese muchacho después se fue de baja, yo le perdí la pista.

Ese fue “El Caracazo”, con los mártires del pueblo, ese estallido venía fermentándose desde décadas atrás. Hay que recordar lo que fue el 23 de enero y la traición al espíritu del 23 de enero. La entrega de Rómulo Betancourt, que se arrodilló ante el poder imperial de los Estados Unidos. Desde el suspiro de Santa Marta este pueblo fue traicionado una y cien veces por Páez, Guzmán Blanco y cuántos otros, doscientos años de traición, compañeros, compañeras, ya bastaba. Así que tenía que ocurrir y ocurrió “El Caracazo”.